

¿Yo padre?

Matias Doello



## Capítulo 1

Llegó el momento una tarde del 14 de marzo, muy nerviosos esperando que todo saliera bien, me separaron de urgencia de mi amada porque había que sacar ese pequeño "ser" que empujaba dentro de su panza, ella se fue por un lado en camilla sin poder despedirnos y yo por el otro empujado por enfermeras, todo fue muy rápido y nada romántico como se espera.

Después de un par de horas sentado en una sala de espera fría y oscura, esperar y esperar, recordé e imaginé los documentales turbios que veía en TV, donde se llevaban a los bebés recién nacidos y vendían sus órganos como "repuestos" para otros bebés de familias ricas y engañaban a los padres diciendo que la niña salió sin huesos o que solo era una placenta vacía, etc. Mi cabeza volaba en esa sala, solo. Veía enfermeras pasar y no podía evitar mirarlas con cierto repudio y con una mirada penetrante, pensando muy por dentro "no se te ocurra tocar a mi hija o te ato en la silla y quemo el hospital entero".

Lo raro era que en estos meses de embarazo yo no me sentía padre como tal. Si, la bebe dentro de aquella pancita era de mi autoría, pero yo, no me sentía padre, no me preocupaba ese sentimiento todavía la verdad, pensé que era instantáneo apenas vería a esa bebe.

Cuando me hicieron ingresar a la sala de operaciones, donde mi compañera de vida estaba, me dieron solamente una consigna, NO MIRAR LA PANZA, y fue lo primero que hice para saber que no estaban cambiando la bebe por una placenta vacía, obvio.

Solo tenía que apoyar y consentir a la mujer que estaba ahí adolorida, acompañarla con sus retortijones, y dolores, cuando ese "ser" salió dentro de su cuerpo, los doctores lo agarraron con unas toallas y la pusieron cerca de la cara de la mujer que sufría todavía postrada, pero su cara y sus expresiones en ese momento fueron de alivio y alegría, sé que desde ese momento ella se sintió madre plenamente de lo que había salido de dentro suyo.

En cambio, yo, no me sentía padre todavía.

Me la dieron suavemente en brazos para llevarla a un doctor que estaba en una habitación chiquita contigua, era tan chiquita y liviana que no sabía si la estaba apretando demasiado o tenía que agarrarla más firme para que no se me cayera, al lado mio la misma enfermera que paseaba por los pasillos me explicaba cómo tenerla, igualmente la mantenía vigilada por las dudas de que me quisiera sacar mi bebe y sus órganos,

claro.

Le entregue al doctor ese cuerpito frágil que conocía la luz led de cerca por primera vez mientras yo veía si tenía todos sus dedos, orejas, si había alguna mancha en su piel anormal, su cara era simétrica y todo lo posible que se pueda imaginar en esos momentos de éxtasis y emoción que no lograba entender del todo, era la bebe mas perfecta que había visto y sin embargo, todavía, no me sentí padre.

El doctor dijo que era una bebe muy sana y me la dió con cierta profesionalidad mientras lloraba desconsoladamente la pude calmar cubriéndola con telas y toallas, ese nuevo mundo que estaba descubriendo parecía que no le gustaba.

Salí de esa sala de operaciones y todos miraban al nuevo papá que salía con su hija torpemente, fue de brazo en brazo, desde la abuela hasta la sobrina del tío que venía desde muy lejos y todos decían lo mismo:

-Tiene los ojos de su papá- decían todos con alegría y ojos vidriosos, y yo con cara de póker sin caer en la situación todavía, ya era padre oficialmente, pero no me sentía así.

Estuvimos en ese bendito hospital 3 días, las personas llegaban a ver esa perfección y hablarle en idiomas raros a la bebe mientras dormía o succionaba a mi compañera, y yo, seguía sin sentirme padre, preocupado esta vez de no poder ser lo que todos esperan.

Después de unas semanas llegué del trabajo a casa y sentí unos llantos escandalosos de la bebe, mi mujer desconsolada, sentada al lado de parlante de gritos y llantos, no daba más del cansancio porque había llorado todo el día y noche, me pidió con ojos vidriosos que cuidara de ella solamente por esa noche, porque su cansancio era tal, que no dormía bien dos horas de corrido desde que habíamos llegamos del hospital

Obviamente, sin sentirme preparado para tal hazaña le asentí con la cabeza mientras iba a preparar la cena, pensando cómo iba a enfrentar tal reto.

Esa noche tenía que hacerme cargo yo, el "supuesto padre", el que biológicamente era el padre, claro. Me sentía muy mal conmigo mismo por no sentirme verdaderamente como tal después de tantos días en casa.

Después de su leche nocturna la bebe durmió plácidamente unos minutos y yo pensaba:

-Bueno, cuando se despierte lo único que debo hacer es contenerla y darle su mamadera de leche tibia como me enseñó su madre, eso la va a

calmar, va a ser fácil, tranquilo-

Cuando termino de pensar eso, escucho su llanto, un llanto de tristeza, de alguien que necesitaba ayuda.

Me levanté de mi cama, fui hasta la habitación de la bebe angustiada, prendí la luz tenue de la habitación, me acerque a su cuna y la vi. Vi esos ojos tristes reflejados en los míos, pidiendo a gritos ayuda para que la sacaran de ese infierno de seda, algodón y peluches en el que la habían abandonado y olvidado, estirando sus pequeños brazos para que alguien la ayudara a salir de ahí.

En ese momento sentí un frio desde la espalda a mi nuca, pude entender lo que yo estaba haciendo ahí, ese preciso momento en el cual mis manos rodearon su cuerpo frágil y diminuto, se activó en mi un instinto animal en el cual el unico fin era protegerla de los guepardos, leones y hienas hambrientas que la acechaban esa noche en su habitación de color rosa pastel.

La abracé en mi pecho, ella abrió sus ojos y se calmó. Ahí lo entendí todo, en quien me había convertido. Era mi hija, era el nuevo comienzo de una vida que yo también había iniciado, del cual era responsable y del cual quería proteger con todas mis fuerzas y acompañar, ser el cómplice de sus aventuras de vida, enseñarle a no cometer los errores que cometí y apoyar cuando se tropiece, cuando su amiga la engañe con su novio, cuando desapruebe su tesis o tenga problemas con su cuerpo y estar ahí, a su lado, siempre, abrazarla una vez más para contenerla como lo hice esa primera vez que la alcé de su cuna esa noche, por toda su vida.

Ahora solo había una cosa que me preocupaba.

Poder vivir 30 años más, mínimo, para ella, para cumplir el sueño que ahora me motivaba.

Ser su padre.